

TIEMPO DE MEDITAR

"J EN CUE PLEN-
SASTH, MHER-
TO, CRISTU MIOZ"
HIVAMHIVV

Es tiempo de meditar, de recluirse en sí mismo, en la celda de nuestra propia persona, que tal vez sea la más apartada y recóndita que existe; tanto que, con frecuencia, no acertamos en encontrarla entre el apretado tumulto de pasiones, quehaceres y preocupaciones que cotidianamente nos ocupan.

Es tiempo de meditar, de ensimismarse, de enfrentarse, desnudo de hipocresías, con la piel del alma al aire y tiritando por causa del frío de la realidad, ante uno mismo, sin más presencia que la austera, serena y ejemplar de Cristo en la Cruz, también desnudo, también aterido por el frío de la muerte y el infinitamente más intenso abandono.

Es tiempo de meditar y, frente al Hombre, crucificado con los brazos abiertos, en actitud de iniciar un abrazo que nuestra recalcitrante maldad impide, tratar de encontrar el sentido auténtico que el hecho de vivir supone. Porque, aunque sean cortas y débiles las luces de nuestra inteligencia, no podemos dejar de comprender que debe ser algo más que la anodina y ególatra forma de vida que llevamos, llena de vanos ensueños y torpes anhelos, de miserables rencillas, de lívidas envidias, de sucias manipulaciones, de falsos engreimientos, de inconfesables deseos...

Es tiempo de meditar y de preguntar, como el poeta ¿qué piensas Tú de este sendero que recorro, de estos impulsos que me mueven?. Trato de atisbar tu pensamiento pero permaneces mudo, inmóvil, lejano... Entonces me atrevo a comparar mi actitud encogida y cerrada con la Tuya abierta sin reservas; mis temores y miedos egoístas con Tu pródiga entrega; mis claudicaciones y tibiezas con Tu valiente entereza; mi indiferencia con quienes sufren con Tu sensibilidad curando y ayudando al ciego, al tullido, al hambriento, al leproso; siento mi corazón repleto de inalterados rencores y Tú, sin embargo, ofreces la otra mejilla, perdonas al ofensor y evitas el castigo de los que, sin estar limpios, pretenden arrojar la primera piedra. Mi vida la encuentro vacía, salpicada de cobardes acciones y omisiones; la Tuya, en cambio, se quemó, como antorcha para iluminar el mundo. Brindaste tu trato, tu palabra y tu presencia a los ignorantes, a los humildes, a los desheredados; luchaste contra la hiesia, contra la avaricia, contra la maldad para terminar en el supremo acto de amor del sacrificio. Sólo recuerdo una ocasión en que empleaste la violencia: fue para fustigar a los que hacían vil comercio con lo más noble y sagrado.

Encuentro ahora, después de haber tratado de medir la distancia que separa tu gigantesca talla de mi enana estatura, que sí has dado respuesta a la pregunta del poeta; porque tu pensamiento eres Tú mismo, tu ejemplaridad, Tu amor encendido, inagotable, eterno. Pienso que en tu trayectoria por el mundo trazaste el modelo a seguir e imitar, el camino que lleva a la solución de nuestros problemas, sin luchas cruentas ni competiciones inhumanas.

Pero ocurre, por desgracia que somos ciegos y sordos, y egoístas, y estúpidos, y desmemoriados... y me temo que cien veces que volvieras para enseñarnos, cien que Te ejecutaríamos en la Cruz... O con la más exquisita, refinada y sofisticada de las técnicas, pues en eso de crear medios de destrucción y tortura si que hemos progresado.

Miguel MOLINA